

LA IDENTIDAD DÉBIL¹

Cristiana Piccardo, OCSO²

El *meeting* de Rímini 2015 puso en el centro de su temática la gran figura de Abraham, un hombre desconocido, desconocido hasta para sí mismo, que en un cierto punto llega a ser capaz de pensar, de dialogar, de obrar, de decidir y de elegir: un yo responsable capaz de plantear preguntas al mismo Dios. Y esto aconteció porque Dios entró en su historia, porque el eterno TU de Dios entró en diálogo con el límite del tiempo, porque el TU inaccesible e infinito entró en la finitud del hombre y ha comunicado una invitación y un querer, suscitando la libertad de una respuesta, la conciencia de un YO que surge del vacío. Y es así como este hombre desconocido, inconsciente de sí mismo, que no iba más allá del horizonte de su grey, descuidado de su identidad subjetiva de la cual ignoraba la existencia, empieza a descubrir su identidad. Es el Tú divino que entra en la historia concreta, en diálogo directo, y despierta el Yo de Abraham, que será la roca sólida de toda la historia de su pueblo, de toda la historia de Israel, tanto en los tiempos de Ur como en nuestros días, porque todos somos “semitas” como Abraham –afirmaba Juan Pablo II–, todos somos “yo” diáfanos, inertes e inconscientes si no encontramos al TU que nos despierta y nos llama por nuestro nombre. María Magdalena, que vagaba en el vacío del jardín del sepulcro, sin una meta más allá de sus lágrimas, llega a ser el “yo” que se levanta incontenible para anunciar la resurrección, solo cuando Jesús la llama por su nombre.

1 Conferencia dada en el Monasterio Nuestra Sra. de Coromoto, Humocaró (Venezuela) en mayo del 2016, en un encuentro realizado con ocasión de los 90 años de madre Cristiana Piccardo, quien fuera por muchos años madre abadesa de Vitorchiano, monasterio del cual nacieron muchas fundaciones. Algunas superiores de las fundaciones se reunieron en esta circunstancia.

2 Madre Cristiana Piccardo, OCSO. Abadesa Emérita del Monasterio de Vitorchiano, Italia, fundadora de varias Comunidades, entre las que se encuentran las de Hinojo, Argentina y Quilvo, Chile. Actualmente reside en el Monasterio de Humocaró, Venezuela, en el que también fue Abadesa.

Una temática, por lo tanto, que quiere decir que el hombre es solamente un peregrino inconsciente del caos y de la nada si no encuentra al TU que lo llama por su nombre y se lo revela a sí mismo. Es el corazón de nuestra vocación, el por qué de nuestra pertenencia a Dios, el por qué de nuestro gozo que funde nuestro aliento humano con el aliento de Dios en la invasión eucarística que cada día nos penetra.

Pero el tema que nos interesa y preocupa es el difundirse entre los jóvenes de una real identidad débil.

Pero ¿qué es una identidad débil? El *Meeting* la define como “una carrera hacia la inmadurez, ver a los jóvenes envueltos en un misterioso letargo, sin amor hacia su tiempo, ya que el tiempo... es una serie de minutos que no se conectan ni se organizan en una historia. Es una generación que no quiere crecer.

En nuestra pequeña experiencia quizás no emerge tanto este doloroso letargo, pero sí notamos otras realidades diversas, pero indicativas. Ciertamente la inmadurez más absurda es la de pensar en el monasterio como en un refugio cómodo contra las dificultades de la vida, y, si bien acontece raramente, hemos tratado de poner atención a este problema, una atención especial porque quien busca el monasterio solo como un refugio y no busca el encuentro y el seguimiento apasionado de Cristo, no solo va caminando hacia su infelicidad sino también hacia su total desequilibrio psicofísico. Conocemos muy bien esta identidad débil, la respetamos pero la combatimos.

Hay otras formas más sutiles de identidad débil, menos evidentes, que no debemos olvidar. Por ejemplo una forma de identificación con la autoridad en la cual la imitación superficial y emotiva o puramente sentimental, impide la verdadera escucha de lo que la autoridad dice, la interiorización de la palabra que nos viene entregada para que podamos dar un paso de cambio y de conversión, y los consecuentes problemas de celos y pretensiones.

Otra forma de identidad débil se revela muy a menudo en el trabajo: la referencia a la responsable del empleo o del sector no es suficiente, siempre se necesita la palabra autorizada de la autoridad superior. Formas de un infantilismo desconcertante, que revelan, además de la incapacidad de relación y colaboración correcta, no sólo la necesidad de ser constantemente confirmadas, sostenidas, instrumentalizando la autoridad para la propia inseguridad, sino también la poca confianza fraterna hacia la hermana responsable de un trabajo.

La dificultad de asumir positivamente una corrección: todo parece derrumbarse en el interior de la persona, si el error es notado y corregido, y se da lugar a una serie infinita de justificaciones que ocultan una verdad humillante, pero profundamente liberadora.

También la indiferencia es un síntoma de una identidad débil, porque esconde una voluntad de sentirnos superiores a la debilidad humana nuestra y de los demás, al fracaso inevitable, a la desilusión de los sueños cultivados en un inconsciente desligado de la realidad.

El Papa Francisco denuncia de mil maneras la globalidad de la indiferencia de la cual emerge la globalidad de la irresponsabilidad y del relativismo. Es un tipo de identidad débil que encontramos fácilmente y que el compromiso formativo de nuestra experiencia monástica trata de discernir siguiendo el largo y difícil camino del conocimiento de uno mismo, propio de cada proceso de conversión, y me atrevo a decir de humanización, porque la identidad débil nunca definirá al hombre como hombre.

Sabemos también que hoy es normalmente frecuente la ausencia de interioridad. El hombre moderno vive de lo que ve, toca y controla y pasa fácilmente de una forma de supuesto control a una forma de encaprichado poder. Tiene entonces miedo a una reflexión profunda que lo desnuda interiormente, tiene miedo del mismo silencio que provoca el encuentro consigo mismo, con el propio límite y la propia pobreza, el propio pecado. Pierde así la facultad de pensar libremente y crea –como ya dijimos– formas de evasión o de dependencia para sentirse seguro, para poder evadir la responsabilidad, esperando que otro resuelva todo y poder abandonarse a la indiferencia, a la superficialidad, al propio capricho o a la propia pretensión.

Ciertamente la pesada herencia del iluminismo que, con su autoconciencia perfecta de la fuerza racional del hombre que se hizo un dios de sí mismo (Hegel) o el “super-yo” freudiano que pretende explicar cada secreto pliegue del inconsciente humano con hipotéticos traumas de un pasado, eliminando la responsabilidad del hoy, o la famosa “razón pura” de Kant, única fuente de comprensión exactamente posible del hombre y del mundo en su intrínseca estructura y finalidad, hasta la exaltación de la nada que desemboca en el “hastío” (náusea) de Sartre, no han dado ciertamente consistencia al yo humano ni particularmente al frágil yo de los jóvenes, que quizás hoy no saben nada de filosofía del pasado, pero cuya mentalidad

está de todas formas permeada por ella y se revela a veces en una indecisión permanente, no obstante algunas ráfagas emotivas, y en la fatiga de entregarse radicalmente a una elección. Agregamos hoy la fatiga de construirse la vida en un trabajo eficiente, permanente y sano que permita sentirse comprometidos y útiles.

A este punto valdría la pena preguntarnos: entonces, ¿qué es una identidad fuerte? Para mí la tentación inmediata frente a esta pregunta es la de definir la identidad fuerte como humildad, particularmente porque tenemos la confrontación con un Vértice supremo e inconfundible de una identidad humilde y suprema: *El Verbo se hizo carne y habitó entre los hombres*³. ¿Pero, por qué la humildad? Porque la humildad es apertura, inteligencia de la realidad, capacidad de escucha y de hacerse preguntas que permiten ampliar la experiencia y la cultura. Es la intuición de una belleza no efímera, es capacidad de agradecimiento y estupor por un don recibido de la eterna gratuidad del Creador que nos ama. El mundo funda la identidad fuerte solo sobre el poder, y el poder se expande con la fuerza de la violencia y del mercado. Quien entra en este sistema renuncia a una identidad personal y a los mismos orígenes ambientales y culturales para abrazar solo lo que es útil o la ideología. También en el pequeño mundo de nuestras comunidades emerge a menudo el poder de la apariencia que trata de salvar la fragilidad e inconsistencia con un formalismo de observancia exterior. La identidad fuerte del verdadero humilde no se avergüenza nunca del propio límite ni incluso del propio fracaso, porque es interiormente libre y unificada, conoce el dolor y el arrepentimiento, no usa biombos y sabe que el fracaso y el dolor son la escuela más preciosa de la vida.

Emergen de inmediato en la memoria algunas figuras de tal identidad humilde y fuerte. Pienso por ejemplo en Benedicto XVI, un pozo sin fondo de cultura teológica, humanista, musical, de una experiencia pastoral sin límites y sin embargo tan serenamente consciente de su límite que supo retirarse y sumergirse en un silencio sereno, sin ostentación, en la oración y en el estudio.

Ciertamente el desarrollo de los medios audiovisuales ha disminuido la capacidad de lectura, ha alienado la capacidad de formular conceptos y desarrollar un pensamiento, atrofiando así la capacidad de entender y juzgar, es decir de escuchar con la mente y el corazón, escucha a la que san Benito da mucha

3 Jn 1,14.

importancia, y que va mucho más allá de una simple curiosidad informática, de la cultura de lo provisional o del fácil utilitarismo.

Frente a esta realidad nuestra experiencia cuenta con palabras de valor, significado y contenido pedagógico: escuchar, creer, pertenecer. Frente a los enormes problemas del mundo juvenil repetimos siempre estas simples palabras, solo tratando de mirar a la cara las cosas con una mirada de verdad, de fe y de amor, con los ojos del pobre que solo espera la palabra del Espíritu en el hoy del tiempo... y no pierde nunca la esperanza.

Para mí los jóvenes son los de siempre. Mi generación de post-guerra, fanática y explosiva, no era tan diferente a la de hoy; era ciertamente diferente el contexto social y familiar, pero si no hubiésemos encontrado a Cristo y a la Iglesia, habríamos terminado todos con las “*Brigate Rosse*” (movimiento terrorista de la época). Logramos salir solo porque alguien creyó en nosotros y nos amó, nos tomó de la mano y supo escuchar nuestro corazón.

Quien nos entendió en nuestra fragilidad, en nuestra confusión moral, intelectual y rebelde, que marcó el encuentro con un mundo diverso, incierto entre pasado y futuro, entre compromiso y desilusión, herido por el naufragio de tantos ideales y quien de verdad nos tomó de la mano, fue la Iglesia. Como hizo ya san Benito, muchos siglos antes, después de la caída del imperio Romano y la revolución social de las invasiones bárbaras. La historia siempre se repite. Benito inicia su *Regla* con el famoso “*ausculta fili*” (“escucha hijo”), que no quiere significar una dócil, atenta, casi pasiva escucha del Maestro, sino que revela una modalidad de relación, de reciprocidad, de comprensión y entendimiento que hace de la escucha la viva expresión de una mutua compenetración, la expresión de aquel amor paterno que empapa toda la *Regla*. El entender exige siempre la escucha y la escucha abre al entender y el entender abre a una mutua comprensión, es decir al amor.

Cuando el Papa se encontró con los religiosos en Bolivia se detuvo mucho en el episodio evangélico de Bartimeo y comentó la poca escucha, la indiferencia del pueblo al grito de Bartimeo: “Decimos: es normal, siempre fue así... hasta que el grito no me alcanza, no me toca... es el vacío del eco que nace en un corazón blindado, un corazón cerrado que ha perdido la capacidad (de escuchar) de asombrarse y entonces la capacidad de cambiar. ¿Cuántos de nosotros que

seguimos a Jesús corremos el riesgo de perder nuestra capacidad (de escucha) de asombro, también con el Señor? Este asombro del primer encuentro que va disminuyendo... Corazón blindado. Se trata de un corazón que se acostumbró a pasar sin dejarse tocar...²⁴.

La escucha es entonces una modalidad existencial del encuentro educativo porque pone en movimiento el corazón y la mente. El corazón se mueve por aquella intuición que solo nace del amor, la mente discierne, penetra y estimula la búsqueda de la verdad y del bien que toca a ambos interlocutores. En la experiencia benedictina nunca se habla de imposición, sino sobre todo de libertad, de crecimiento de conciencia para alcanzar una visión lúcida y clarividente de la realidad. Cuando al final del duodécimo grado de humildad Benito describe al monje finalmente libre de sí, centrado profundamente en Dios, agradecido por la vocación recibida, capaz de mirar con paz la tierra que lo ha plasmado, quiere indicarnos el punto más alto que alcanza el devenir humano, la realización de la propia humanidad, la fuerza de la propia identidad y la belleza del propio vivir. San Agustín, describiendo la inefable efusión del amor de Dios Padre, nos explica que al Padre no le bastó la alianza escrita en tablas de piedra, sino que quiso sellar tal alianza enviándonos a su Hijo. Y es aquí donde el amor del Padre se hace de verdad inescrutable. Misterio de compenetración. Es un amor infinito, apasionado, tiernísimo, que vive con el Hijo y en el Hijo un nacimiento humano, un crecimiento adolescente y juvenil, un anuncio del Reino lanzado a todos recorriendo los caminos de Galilea con aquel pobre grupo de pescadores, que con Él sufre los azotes y muere en la cruz. Porque el Padre y el Hijo son una sola cosa en el Amor del Espíritu. Y es imposible pensar en lo que aconteció después, en la profundidad insondable de este amor, cuando el Hijo, cumplida con el Padre, en el Padre y para el Padre la obra de la redención, se sentó finalmente a la derecha de Dios su Padre. Nadie puede decirlo, nadie puede imaginarlo, pero este amor vivido juntos, aquella sangre esparcida en la tierra del hombre, versada bajo los azotes y destilada en la cruz, aquella sangre sagrada llena de una inaudita ternura debe haber explotado en un resplandor tan cegante que alcanza cada espacio del misterio con una misericordia incandescente. Ciertamente cuando se habla de Dios nos situamos fuera del tiempo y fuera de toda dimensión de la comprensión humana, pero es bello y bueno dar espacio a la imaginación y exultar.

4 Discurso del Papa Francisco a los Sacerdotes, religiosos, religiosas y seminaristas de Bolivia, el 9 de julio de 2015 en Santa Cruz de la Sierra.

Una comparación humana es imposible, pero la *escucha* de Benito es un tenue reflejo de este misterio. Escuchar no para juzgar, sino para entender, para amar, para entrar en el misterio del otro, para vivir juntos el largo camino de la conversión, juntos llevar la cruz en la pasión del tiempo. Los jóvenes necesitan ser escuchados, entendidos y creídos y aquí debemos hacer referencia a las bellísimas conferencias de madre Mónica sobre la espantosa ausencia de paternidad que domina el mundo y lo hace naufrago de calor humano y de la certeza ontológica de ser aceptados y de tocar un origen. Y no se debe creer que el desarrollo de las ciencias analíticas sustituya la escucha profunda que quiere la *Regla*. El análisis da un nombre a viejos traumas del pasado, revela causas no evidentes de problemas que emergen hoy, y explica algunos comportamientos y su aporte es válido, pero a menudo concentra al hombre en sí mismo y hace de su problemática psicológica o emotiva-sensible la pantalla que justifica cada error, que justifica la ausencia de compromiso, que lo aísla dentro un mundo cerrado, el mundo de los propios traumas que se han vuelto importantísimos y no accede a la responsabilidad.

Escuchar entonces para entender y comprender. ¿Qué significa creer? Significa fiarse del otro, dar confianza, arriesgar una confianza. La confianza engendra libertad y verdad. Puede ser también manipulada por quien la recibe, pero la manipulación es un juego que defrauda porque quien entrega confianza y sufre una traición quedará herido, pero interiormente intacto. La confianza no es algo que se acomoda, no es mezquino para evitar conflictos y salvarse la cara. La confianza etimológicamente viene de “fe” y la fe no es un juego de comportamientos, sino una certeza interior, la voz y el sentido más profundo de la conciencia humana. O se cree o no se cree. Creer, en la experiencia pedagógica, significa “crear espacios” en los que puede emerger la verdad de la persona, la conciencia de sí misma y de la vida, del propio límite, del propio pecado, pero también de las propias posibilidades, es decir la experiencia de la propia humanidad, la capacidad de decir “yo”.

Quizás debemos reconocer que en nuestros monasterios a veces somos demasiado protectoras de las vocaciones que Dios nos envía y que son quizás escasas y frágiles. Pero la excesiva protección no ayuda. Esto no significa abandonar las personas echándolas al agua y que se las arreglen, pero tampoco significa ponerlas bajo una campana de vidrio. Creer es decir la verdad dentro de un amor, un respeto, una paciencia llena de esperanza. Cuando Jesús hace sus milagros y sana a los enfermos ya abandonados a la muerte o endemoniados ya abandonados por la gente, solicita siempre su fe, su confianza en Él y en el don de

la sanación: “*que suceda como has creído*”⁵ o “*tu fe te ha salvado*”⁶ y con los dos ciegos llega a dialogar: “*¿Ustedes creen que yo puedo hacer lo que me piden?... ¡Que suceda como ustedes han creído! Y se abrieron sus ojos*”⁷. Pide confianza en Él que puede, solicita su fe y pide que se le abra la puerta del corazón para dejar entrar la GRACIA que salva. Se fía, y es esta confianza que ilumina las conciencias, libera la gratitud, y hace del enfermo una creatura nueva. Es una confianza recíproca, apoyada en la libertad de creer, de adherir, de entregarse. Pero Jesús, también en la cumbre de su divina confianza y misericordia, nunca ha renunciado a la verdad. Su palabra que acompaña el milagro no deja dudas: “*Tus pecados te son perdonados*”⁸, “*vete en paz*”⁹ y “*no peques más*”¹⁰. Es una confianza que reconoce el mal y sabe comunicar la fuerza para un cambio radical de vida.

La pertenencia es finalmente la experiencia que da solidez a la identidad, porque pertenecer no es solo encontrar una casa y una familia en la propia comunidad, sino también dejarse engendrar por esta casa, por esta familia; caminar dentro de su historia y su porvenir hecho de gracia y de miseria; aceptar las mediaciones como voz de Dios; vivir, en suma, una fidelidad que nos fortalece día tras día. He querido pedir a una de nuestras jóvenes su pensamiento sobre la pertenencia, porque la pertenencia sobre todo estable, no es muy aceptada, y su respuesta me impresionó. Cito sus palabras:

“Pertener es salir de una soledad negativa, que no es solo una cerrazón en uno mismo, sino que tiene muchos otros nombres: perfeccionismo, intimismo, conformismo, susceptibilidad extrema, análisis mezquino de uno mismo y de la vida, y hasta un racionalismo obstinado y presumido. La identidad del hombre se basa en aquel misterioso nexo que une nuestro ser a la realidad. El sueño, la evasión, la abstracción aumentan la debilidad de una identidad porque nos hacen ausentes a nosotros mismos. Es la realidad que suscita siempre preguntas y la necesidad de encontrar significados. Lamentablemente la falta de confianza y entonces de pertenencia, deja al hombre sin respuestas, lo paraliza en una

5 Mt 8,13.

6 Mt 9, 22; Mc 5,34; 10,52.

7 Mt 9,28-30.

8 Mt 9,2; Mc 2,5; Lc 17,20.

9 Mc 5,34; Lc 7,50; 8,48.

10 Jn 8,11.

ausencia de interés, de curiosidad, de admiración por la realidad. Esta ausencia de interés por la realidad termina por envolver al hombre en una monotonía que usurpa el lugar de una presencia, la presencia del otro que nos ayuda a salir de nosotros mismos. Y aquí encontramos la razón de la pasividad del hombre de hoy, la razón de su letargo, de su falta de interés que termina en el aburrimiento. Preferimos aislarnos, encerrándonos en un tipo de soledad falsa e insana, en una espiritualidad intimista, perfeccionista, llena de presunción y de defensas que nos conduce a un moralismo que es solo una idolatría de uno mismo. La fragilidad de la identidad no viene del ambiente que nos rodea, de la sociedad actual, no es para nada fruto de una presión externa, sino que es un problema del hombre en cuanto tal y de su falta de libertad que no se deja interpelar por un TU que nos sana dentro de la realidad sin esfumarse en la abstracción o en la frustración. La fuerza del Evangelio es la que restituye al hombre su identidad dentro de la realidad”¹¹.

Es ciertamente el pensamiento de una joven que logra todavía pensar, aunque tal vez no en perfecta sintonía con el mundo adulto, pero ciertamente la relación entre pertenencia y malsana soledad, y evasión de la realidad es profundamente interesante. Esto me hace pensar en el bellísimo artículo de Luigi Bruni sobre uno de los libros sapienciales, el *Qohelet*:

«Qohelet nos repite que nuestra indigencia no puede ser satisfecha y que quien niega esta pobreza radical de la mente y del corazón y quiere poseer todo el misterio del otro y quizás de Dios, es un insensato, un ídólatra o un ídolo... Pero no entendemos todo el valor de las desnudas palabras del Qohelet si no las colocamos en su tiempo (que es también el nuestro). Cuando probablemente, fue escrito este libro, estaba floreciendo en Israel una nueva literatura religiosa de tipo apocalíptico, que negaba la condición de límite y de indigencia del conocimiento y de la verdad y la reemplazaba con visiones y revelaciones especiales, o sueños, que derivan para un futuro la satisfacción del conocimiento y de la sabiduría... Qohelet combate la religión apocalíptica y visionaria que fascinaba al pueblo de Israel. Estos diálogos entre fe e ideología, entre apocalíptica y humanismo histórico, continúan hoy en nuestras sociedades, religiones, iglesias, cuando las tentaciones de aquellos que frente a la dureza de la tarea de ser hombres y mujeres bajo el sol, en lugar de acoger dócilmente la verdad de nuestra indigencia moral y espiritual, se construyen paraísos

11 Hna. Ana Isabel Valles, profesora simple de la comunidad de Humocaro.

artificiales, creencias espectaculares, revelaciones que responden a todas las preguntas de ayer y de mañana, que prometen revelar todos los secretos y los misterios bajo y sobre el sol y que no se contentan con una fe verdadera en blanco y negro, sino que quieren una fe imaginaria y de colores. Qohelet nos dice, con la fuerza de su sabiduría dolorosa porque no es ideológica, que las únicas “revelaciones” que ayudan a vivir son aquellas que nos reconcilian con la finitud, la fragilidad, la precariedad de la vida. No hay locura más grande que construirse “ilusiones” para responder a nuestras “desilusiones”. La insensatez llega a ser muy grande cuando estas construcciones son colectivas, verdaderos imperios de la ilusión... La fe –cada fe– vive también de promesas, de “no-todavía”. Pero hay épocas de crisis en las que la búsqueda del paraíso llega a ser enemiga de la búsqueda de Abel (el hombre) con su humanidad indigente, herida, parcial, imperfecta, penúltima. En estas épocas –y la nuestra es una de ellas– volver al Qohelet es esencial si no queremos transformar las creencias en ilusiones colectivas, las oraciones en consumismo psíquico y emotivo, prisioneros dentro de experiencias idólatras demasiado alejadas de las llagas de Abel y de su herida fecunda»¹².

Es una larga cita porque este, entre los libros sapienciales, nos da una llave preciosa para vivir una pertenencia auténtica y fecunda: quien reconoce su propia indigencia, su miseria, no se escandaliza de la miseria de los demás y tiene compasión para entrar en el misterio de la comunión y en el espacio de la comprensión, en aquel “corazón dilatado” que indica la *Regla*, donde nace también la admiración: los demás son siempre mejores que uno... Pertenecer es esto: la conciencia de la propia miseria, siempre más clara en el camino de la conversión que nos hace aceptar con gratitud la compañía de gente pobre como nosotros y como nosotros amada por la Misericordia, que nos hace miembros humildes y fieles de nuestra comunidad, siervos gozosos en el don de sí, que nos hace capaces de amistad con todos, sin cálculos selectivos o durezas de descarte, que nos hace de veras capaces de pertenecer a la maravillosa familia de los santos para la cual Dios nos ha destinado, Iglesia en la Iglesia para la eternidad.

La pertenencia está también estrechamente ligada a la acogida porque se desarrolla la pertenencia cuando nos viene donado el espacio para existir. Basta recordar el episodio de Abraham en las encinas de Mambré. Llegan tres peregrinos desconocidos, extranjeros, extraños. Abraham no pide nada, los acoge

12 Luigi BRUNI- economista. Artículo en *Avvenire*.

con respeto, les ofrece sentarse, los invita a almorzar y aun callando revela una acogida excepcional por medio de la cual salvará la vida de su sobrino Lot del castigo de Sodoma. Hablará solo al final del encuentro, para suplicar misericordia y tendrá a cambio un hijo, primogénito de un pueblo, depositario de la Promesa. La acogida crea espacios en los que florece la pertenencia y revelan paternidad y filiación.

Pertenecer es reconocernos en nosotros mismos y en los otros, es dar un rostro, un nombre, un sentido a la propia identidad. Superar la inercia del anonimato, entrar en el espacio de la amistad, respirar la misericordia y repetir humildemente lo que Dios dice di sí mismo en la zarza ardiente: YO SOY. Identidad recuperada.

*Monasterio N. Sra. De Coromoto
Apartado 28-3018-A
El Tocuyo. Edo. Lara
VENEZUELA*